

RECUERDOS ENTRE LA NIEBLA

Hoy me ha despertado la luz del sol al penetrar por la ventana. Esta noche no he dormido bien, en mi cabeza se mezclan los recuerdos de mi infancia con las cosas que hice ayer por la tarde y no distingo los unos de los otros. Es triste pero reconozco que mi cerebro funciona a su antojo y que debo aprovechar los momentos de lucidez para disfrutar de los días que me quedan de vida.

Ha pasado el calor del verano y hoy luce un sol espléndido, así que aprovecho para salir un rato. En la parte del jardín que da la sombra por la mañana, hay un pequeño banco hecho con losas de piedra, herencia de los abuelos, en el que, por la tarde, da el sol y allí estoy yo, en esta tarde de septiembre dejándome acariciar por el sol del membrillo y disfrutando de una paz y un sosiego infinito.

Con los ojos entrecerrados, veo a un niño de la mano de su abuela, como sube las escaleras de una vieja casa de pueblo, las paredes son de adobe y el tejado está hecho con maderos, cañizos y barro y, sobre estos, las tejas árabes. Al llegar al granero parten unas almendras y cogiendo unos higos secos de un morral de tela les dan tres mordiscos a cada uno para poner en ellos las almendras y cuando los veo comer, muevo la boca y noto en ella el sabor de aquel manjar y, noto también en mi mejilla como resbala una lágrima al sentir en ella la caricia de mi abuela.

Al no poder moverme de casa debido a la enfermedad de un tal alzheimer, mi mundo se reduce a lo que veo desde mi ventana y en los ratos que hace bueno a mis salidas al jardín para pasear o sentarme en el banco de piedra y disfrutar de la naturaleza, cosa que siempre he agradecido. Escucho el silencio, ese silencio que en el jardín, está tan lleno de vida. De repente veo sobre las ramas del madroño un petirrojo, se queda parado

frente a mí y se acurruca formando una bolita gris con una mancha rojiza bajo su cabeza. Se ha quedado allí un buen rato, quizás adivinando que no le iba a hacer ningún daño y yo he podido disfrutar de su presencia que tanto bien me hace.

Hoy estoy mirando por la ventana, cae la lluvia, cae sobre la tierra rellenando las grietas producidas por la pertinaz sequía, cae sobre la claraboya y el sonido se clava como agujas en mi cabeza. Cae sobre la pared de adobes que tengo enfrente y hace que unos pequeños regueros de color ocre bajen hasta el suelo devolviendo la arcilla a su lugar de origen. La naturaleza una vez más nos da una lección gratuita de reciclaje. Y cae también sobre los corazones de todos aquellos que, soñaron con una vida mejor y que aún no se han dado cuenta que la mejor vida es la que ahora disfrutan. Sigue cayendo la lluvia y con ella los recuerdos de una vida pasada, una niñez en una casa humilde en la que el cariño suplía con creces otras necesidades. Una juventud con los primeros contactos con las chicas, aquellos escarceos, los primeros besos y las primeras desilusiones. El primer amor, el primero y el único. Al que, torpe de mí, nunca me atrevía declararme. Pasaron los años trabajando y viviendo en el pueblo. Me acostumbre a la vida en soledad y hoy es el día en que no se que hubiera sido de mi vida si aquella chica me hubiera dicho que sí.

Veo con tristeza caer la lluvia y con ella veo caer también mi vida, ya que si la enfermedad sigue su curso, pronto llegara el día en el que todos estos recuerdos se borrarán de mi memoria y ese día, será el día de mi muerte, si, será mi muerte aunque mi cuerpo y mi corazón sigan latiendo. Ya que, si se van mis preciados recuerdos, yo me iré con ellos.

Hace un día precioso, el petirrojo lleva un buen rato posado en las ramas del madroño, pero en el banco de piedra no hay nadie sentado y tampoco hay nadie tras la ventana.